

EN EL CREPÚSCULO

Charles W. Leadbeater

Digitalizado por Biblioteca Upasika

www.upasika.com

Reunidos unos cuantos individuos, a la caída de la tarde, en amigable plática, la conversación recayó sobre el suicidio. Reuníanse de este modo una vez al mes, cuando el sol, al ocultarse, invita a participar de la quietud que se esparce sobre la naturaleza; los habitantes de las grandes ciudades no gozan de esa hora de silencio del crepúsculo vespertino; en ellas no se oyen los sonidos encantados de las campanas tocando a vísperas uno y otro día. El pequeño círculo solía discutir un punto cualquiera de interés que hubiese surgido dentro de la esfera de percepción de cualquiera de sus individuos en el mundo físico, en el astral y en el mental; y el número de suicidios registrados a la sazón por los periódicos, había hecho recaer la conversación, esta vez, en asunto tan debatido (1).

-Si se pudiese hacer comprender a esa gente que no pueden matarse, - observó el Pastor meditabundo; - que sólo consiguen libertarse de sus cuerpos, y que indudablemente pierden en ello, puede ser que no se mostrasen tan dispuestos a abrirse agujeros en el cuerpo o a hacerlos en el agua.

Ahí está la dificultad, - dijo el erudito. -

Las horrendas historias que nos refieren nuestros videntes de los resultados del suicidio en el mundo astral no son muy conocidas del público, y aunque se las conozca no son creídas.

-En mi opinión, pintan un infierno real y verdadero, -comentó la Marchesa. - Uno de nuestros videntes me refirió una historia el otro día, que era tan espantosa en sus horrores, como cualquiera de las descripciones del Infierno de Dante.

-Contad la otra vez, ¡oh Vagabundo Astral! - exclamó el más joven de la reunión, cuyo apetito por cuentos era insaciable. - Contadla otra vez.

-Pues bien: trátase de una historia horripilante, - principió diciendo el Vagabundo en tono tímido y de excusa. - Hace algunos cientos de años había dos amigos, medio mercaderes, medio aventureros, que por algunos años habían viajado juntos, compartiendo la buena y la mala fortuna. El más viejo, Hassán, había salvado al más joven, llamado Ibrahim, de perecer de hambre y sed en el desierto; pues lo encontró tendido sin conocimiento junto a su camello, al cual había matado para obtener un último sorbo. Hassán, que pasaba a la sazón solo por aquel sitio para ir a reunirse con su caravana, encontró sobre las ardientes arenas al hombre y la bestia, ambos muertos en la apariencia. El corazón del hombre, sin embargo, latía aún débilmente, y pudo revivir lo bastante para que Hassán lo montara sobre su camello y lo salvara. Ibrahim, que era montaraz, temerario y colérico, sintió desde aquel día una afeción loca por su salvador, y durante algunos años vivieron como hermanos. Sucedió que tropezaron casualmente

con una banda de árabes, y vivieron un poco de tiempo con ellos; y entonces quiso la mala suerte que la hermosa cara de la hija del jefe atrajera las miradas de ambos, y los dos hombres se enamoraron perdidamente de la misma muchacha. El carácter de Hassán, más firme y bondadoso, se captó su confianza y su cariño, mientras que la pasión furiosa de Ibrahim sólo le causaba terror; y cuando éste se dió cuenta de la verdad, despertóse el tigre en la salvaje naturaleza del joven. Devorado por furibundos celos, Ibrahim resolvió, en meditación sombría, conseguir a toda costa su deseo, y mató a Hassán traidoramente en ocasión en que ambos tomaban parte en un combate contra sus enemigos; luego partió a galope al campamento, saqueó la tienda del jefe, y cogiendo a la muchacha, la atravesó sobre su veloz camello y huyó. Durante un breve tiempo vivieron juntos, época tormentosa de pasión febril y de sospechas celosas por parte de él; de sumisión sombría y de constantes planes de fuga por parte de ella. Un día, al volver de una corta excursión, encontró la jaula vacía, que el pájaro había volado y que sus tesoros habían sido robados. Furioso por su amor burlado y por el odio, la buscó locamente algunos días, y por último, en una tempestad de celos y de desesperación, se arrojó en la arena, se degolló, y balbuciendo una maldición, expiró. Un choque como de fuerza eléctrica, una llamarada de fuego cárdeno, una agonía concentrada de tejidos que se desgarraban, de partes que se separaban con violencia, y la estremecida forma etérea fue violentamente arrancada de su denso doble, y aquel hombre ciego y alocado se encontró aún vivo, mientras que su cadáver yacía inerte sobre la arena. Tras confuso torbellino de sensaciones, de agonizante lucha, como la del nadador ejercitado cuando se hunde bajo las olas, Ibrahim se encontró en el mundo astral rodeado de lúgubre y densa obscuridad, un ser vil en todos sentidos, desesperado y abrumado de horror. Los celos, la rabia, la furia de la pasión burlada y del amor traicionado, desgarraban las cuerdas de su corazón, y la fuerza de aquellas, que ya no se gastaba en mover la pesada masa del cuerpo físico, infligía una agonía mucho más aguda de lo que jamás soñara como posible en la tierra. La forma sutil respondía a cada palpitación del sentimiento, y cada dolor centuplicaba su fuerza así que los sutiles sentidos contestaban a cada oleada de angustia, porque no existía la muralla del cuerpo que quebrantase la fuerza de aquellas olas cuando se precipitaban sobre el alma. ¡Ah, aun dentro de este infierno, un infierno todavía más negro! ¿Y qué es esa cosa informe, horripilante, que flota a su lado como llevada por una corriente invisible, sin sentido, ciega, con indicaciones horribles de heridas siempre abiertas, con coágulos de sangre fétida? El aire se hace aún más pesado y más pútrido a medida que aquella cosa avanza; ¿y es el viento lo que, cuando aquello pasa, gime: «¡Hassán!... ¡Hassán!... ¡Hassán!»? Con un grito ahogado en un ronco sollozo, Ibrahim salta hacia adelante y se precipita loco, sin saber donde, para huir de este terror flotante, de este cadáver aborrecido de un amigo traicionado. Seguramente ha conseguido escapar, ha huido con la velocidad de un antílope perseguido; al pararse anhelante, algo surge por encima de su hombro; mira aterrorizado en torno suyo... ¡allí está!

Entonces principia una caza, si se le puede dar tal nombre cuando el cazador es inconsciente y pende insensible del perseguido, pareciendo siempre deslizarse lentamente, sin objeto, y sin embargo, siempre al lado, corra el otro la que quiera. Abajo... más abajo, en precipicios sin fondo de lóbregos vapores, una pausa, y el horripilante contacto de la masa informe flotante, con todo el horror que la envuelve como una nube. ¡Fuera, fuera de aquí!

A las cavernas más asquerosas del vicio, donde las almas encadenadas a la tierra se refocilan en las orgías más abyectas, y aquellas aglomeraciones le protegerán seguramente contra el temido intruso; pero no, avanza flotando como si allí no existiese multitud alguna, y aparentemente sin objeto se balancea junto a sus hombros. Si

hablase, si maldijese, si viese, si diese deliberadamente fuertes golpes, un hombre podría hacerle frente; pero esta masa ciega, silenciosa, informe y flotante, con su presencia lúgubre persistente, es enloquecedora, intolerable, y, sin embargo, no hay medio de escapar de ella. ¡Oh! ¡Quien estuviera otra vez en el ardiente desierto, con el firmamento sin límites encima, hambriento, robado, traicionado, abandonado, pero en un mundo de hombres fuera de estos horrores insensibles, flotantes, en profundidades sin aire, lúgubres, viscosas!

Los tonos tranquilos del Pandit rompieron el silencio en que se había desvanecido la voz del Vagabundo:

-Eso parece hacer más reales las pinturas de Naraka. No son cuentos de viejas, después de todo, si el mundo astral contiene tales resultados de los crímenes cometidos aquí .

-Pero Ibrahim no será perseguido siempre de este modo, - dijo nuestro jovenzuelo compasivamente, a la vez que en su aura vibraban ondas del más precioso color rosado.

-Seguramente que no, - contestó el Vagabundo, sonriendo. - El infierno eterno no es más que un espantoso sueño de la ignorancia que ha seguido a la pérdida de la gloriosa doctrina de la reencarnación, que nos demuestra que todo sufrimiento no hace más que enseñar una lección necesaria. Ni todos los suicidas aprenden sus lecciones en circunstancias tan tristes como las que rodeaban al desgraciado Ibrahim. Contadnos, Pastor, ese asunto del suicida, a quien vos y nuestro jovenzuelo habéis ayudado la otra noche.

-¡Oh! ¡No puede llamarse una historia! - dijo el Pastor, perezosamente. - Es una mera descripción; pero tal como es, allá va. Había un hombre que se vió agobiado por gran número de desgracias que le atormentaron hasta un punto inadmisibles, en una palabra, hasta el punto de producirle una fiebre cerebral. En su estado normal de salud, era muy buena persona; pero se vió reducido a una lastimosa ruina de nervios dislocados. En este estado pasaba una noche por un campo en donde hacía unos sesenta años que un calavera se había suicidado; y este elementario, atraído por su mórbida melancolía se pegó a él y empezó a insinuarle pensamientos de suicidio. Este calavera había derrochado su fortuna en el juego y en la mala vida, y culpando al mundo de sus desaciertos, se había matado, jurando vengar en otros sus supuestos agravios. Esto lo había llevado a cabo, induciendo al suicidio a gentes cuya situación de ánimo los dejaba abiertos a su influencia, y nuestro pobre amigo fue víctima suya. Después de luchar unos días contra estos impulsos diabólicos, sus excitados nervios cedieron, y se suicidó pegándose un tiro en aquel mismo campo. De más está el decir que se encontró al otro lado en el subplano más bajo de Kamaloka, en medio de las temibles condiciones que sabemos. Allí permaneció muy sombrío y miserable, agobiado por el remordimiento, y sujeto al escarnio y las burlas de su afortunado tentador, hasta que finalmente empezó a creer que el infierno era una realidad, y que nunca lograría escapar de su triste estado. Había permanecido de este modo unos ocho años, cuando nuestro jovenzuelo le encontró, - prosiguió diciendo el Pastor, atrayendo a sí al muchacho; - y como era principiante en tales escenas, prorrumpió en tal explosión de compasión y simpatía que le hizo volver a su Cuerpo físico y despertó llorando amargamente. Después de consolarle, tuve que hacerle ver que la simpatía de esta clase era poco fructuosa, y luego volvimos juntos a encontrar a nuestro desgraciado amigo. Le explicamos la situación, le animamos y consolamos, haciéndole comprender que sólo se hallaba sujeto por su propia convicción de que no podía levantarse, y al cabo de pocos días tuvimos la dicha de verlo fuera de esta región inferior. Desde entonces ha seguido progresando, y antes de mucho tiempo, quizás dentro de un año o cosa así, pasará al Devachán. Como veis, esto no puede llamarse una historia, según os dije.

-Una historia muy buena, - rectificó el Doctor, - y del todo necesaria para quitar el sabor

de los horrores del Vagabundo de nuestras bocas psíquicas.

-Principiando otro asunto, - dijo el Archivero, - he aquí un relato interesante de Suecia sobre una aparición en el momento de la muerte, vista por diez y seis personas. La envía uno de nuestros miembros.

-Guardad lo para la próxima vez, - indicó el Erudito, - pues se hace tarde y hacemos falta en otra parte.

* * *

Cuando nuestros amigos volvieron a verse en su reunión mensual, hubo la exclamación unánime: «¡la historia del fantasma!» prometida por el Archivero; y en contestación sacó este de su bolsillo una voluminosa carta, diciendo:

-Esta carta es de una de nuestros estudiantes (de Ocultismo) Treya, que va a menudo a Suecia, y refiere una historia relacionada con ella en un viaje muy reciente. He aquí lo que dice: «Durante el otoño de 1896, viajando yo de la costa oriental de la isla de Gothland hacia la ciudad de Wisby, fui invitada a pasar una noche en la rectoría de D. El cura de esta parroquia, hombre de unos cincuenta años, es un trabajador incansable y fervoroso en interés de la bellísima iglesia que se halla a su cargo, y uno de sus más ardientes deseos es poder restaurar esta maravillosa obra de arquitectura, de una manera digna de ella. Emplea la más grande actividad en sus esfuerzos para reunir los fondos necesarios, y no pierde oportunidad para ello. Me impresionó mucho la cara de este amigo nuestro, el Pastor O; la encontraba particularmente benigna y tranquila, con ojos claros y expresivos, que parecían decirme que estaban dotados de algo más que la visión ordinaria; la forma de su boca era también firme y decidida, pero singularmente dulce. Después de cenar aquella noche, nos hallábamos hablando en una de las habitaciones contiguas a su estudio. Yo había descubierto que el rector era músico; pero de este asunto pasó la conversación al dominio del misticismo, y discutió sobre cosas de naturaleza psíquica. Entonces conocí que mi impresión respecto de nuestro amigo había sido justa, pues una vez en este terreno, parecía estar en él como en cosa propia. y nos presentó numerosos ejemplos de sus experiencias psíquicas, sin darles gran importancia, pues parecía que le habían sido familiares toda su vida. Una de estas experiencias es la que voy a referiros, exponiéndola, en cuanto pueda acordarme, con sus mismas palabras:

«- Durante algunos años de mi primera juventud, - principió diciendo, - estuve en una escuela en la parroquia de Tingstäde, y como mi casa estaba algo lejos, me alojaba, en compañía de otro discípulo, en casa de una vecina llamada Frau Smith. La buena señora tenía una casa bastante grande y se ganaba la vida admitiendo huéspedes; efectivamente, no eran menos de diez y seis personas las que allí vivían en el tiempo a que me refiero. Frau Smith actuaba en ocasiones como asistente y se ausentaba a menudo. Una tarde, en la mitad del invierno, nos dijo que se marchaba a hacer una visita, y que no podría, probablemente, volver hasta el día siguiente; y así arregló todo lo necesario para nuestra comida, etc., y recomendándonos mucho que tuviésemos cuidado con las luces y el fuego, se marchó; y en las primeras horas de la noche, según costumbre, nos ocupamos en preparar nuestras lecciones para el siguiente día. A cosa de las nueve y media nos acostamos, habiendo cerrado la puerta y apagado la luz; pero había en la habitación suficiente claridad, producida por los leños encendidos de la chimenea, que nos permitía distinguir perfectamente todos los objetos.

Estábamos hablando tranquilamente, cuando de repente vimos al lado de nuestra cama, y mirándonos con fijeza, la figura de un hombre, alto, de mediana edad, con aspecto de aldeano, vestido de ropas ordinarias de color gris, y nos pareció verle un gran parche en

la pierna izquierda y otro al lado izquierdo del pecho. Mi compañero me dió un fuerte codazo para llamarme la atención y murmuró: ¿qué hombre tan feo es ese? Le hice señas de que callase, y ambos permanecimos quietos, observando ansiosamente. El hombre estuvo mirándonos por largo tiempo, y luego se volvió y empezó a pasear de arriba a abajo por la habitación, produciendo sus pasos un sonido especial como si pisase nieve. Fue a la cómoda y empezó a abrir y cerrar los cajones, como si buscase algo, y después se dirigió a la estufa y empezó a soplar suavemente los leños aun encendidos, alargando sus manos como para calentarlas. Después de esto volvió al lado de la cama y de nuevo empezó a fijar la vista en nosotros. Al mirarle, observamos que podíamos ver los objetos a través de él: veíamos claramente la mesa escritorio, al otro lado del cuarto, a través de su cuerpo, y mientras mirábamos su forma, empezó a desvanecerse gradualmente y desapareció de nuestra vista. Lo extraño del suceso nos dejó desazonados y nerviosos, pero no nos movimos de nuestra cama, y por fin nos dormimos.

Cuando nos levantamos por la mañana, nuestra puerta seguía cerrada; pero al referir lo que habíamos visto, supimos que el mismo visitador fantasma se había aparecido en todas las habitaciones de la casa, cuyas puertas todas estaban cerradas, y que las diez y seis personas que habían dormido allí aquella noche habían visto la misma figura. Por otra parte, algunas de estas personas, que hacía tiempo residían allí, reconocieron en la figura al marido de nuestra huésped; un hombre vil, que nunca había hecho nada útil, y que durante años había vivido separado de su mujer, de suerte que hacía tiempo era un vagabundo. Esta extraña coincidencia fue causa de que algunos de los huéspedes investigasen si semejante hombre había sido visto por aquellos contornos, poniéndose en claro que aquella misma noche, un poco después de las nueve, había llamado a la puerta de una casa de labranza, situada a dos millas de distancia, y había pedido que le diesen alojamiento; como no había habitación disponible, le indicaron fuese a la próxima casa de labranza, poco distante de allí. Al oír esto los exploradores, buscaron enseguida las huellas en la nieve y muy pronto encontraron las de sus pisadas. Después de seguir las en un corto espacio, encontraron un zapato de madera, y unos cuantos pasos más adelante descubrieron el cadáver del mismo hombre medio enterrado bajo un gran montón de nieve. Al darle vuelta al cuerpo se vió que tenía adherido al lado izquierdo del pecho un gran trozo de nieve helada y otro en la rodilla izquierda, precisamente en el mismo sitio donde nosotros habíamos notado los parches blancos en los vestidos de la

aparición. Aun cuando yo no era más que un muchacho cuando esto sucedió, me hizo una impresión tan profunda y perdurable, que he conservado el recuerdo de todo vívidamente durante mi vida. He tenido otras experiencias; pero ésta es, en verdad, una de las más notables de las que me han ocurrido.» Y si hubieseis oído esta historia como yo, referida de un modo sencillo y escueto, no hubierais dudado de su veracidad. Una historia de fantasmas muy buena y razonable, me parece, - dijo como por conclusión el Archivero.

-Debió haber sido un fantasma visible como pocos, - observó nuestro jovencuelo.

-Seguramente las diez y seis personas no tenían todas visión astral.

-La visión etérea hubiera sido suficiente en tales circunstancias, - dijo el Vagabundo. -El hombre acabaría de dejar el cuerpo denso y estaría revestido del etéreo. Muchas personas están tan próximas al desarrollo de la visión etérea que una ligera tensión de nervios basta para ocasionarla; en un estado normal de salud esta misma gente, aun ciega, veía lo etéreo.

Una amiga mía desarrollaba a veces este sentido; siempre que se hallaba fatigada, enferma o en extremo preocupada, empezaba a «ver fantasmas», los cuales desaparecían

tan pronto como sus nervios volvían al estado normal. Una vez tuvo una experiencia muy angustiosa inmediatamente después del fallecimiento de una amiga muy querida. Esta última se apareció como un fantasma, todavía revestida de su cuerpo etéreo en descomposición, y esta horrible vestimenta se deshacía a la par que se descomponía el cuerpo enterrado; de suerte que el pobre fantasma aparecía cada vez más andrajoso y más y más horrible al transcurrir el tiempo, Mad. Blavatsky, al ver la desagradable visitante siempre al rededor de la casa y del jardín, bondadosamente la libertó de su incómodo entorpecimiento, pasando entonces a la vida astral normal. Sin embargo, la visión etérea no es bastante común para explicar del todo satisfactoriamente cómo fue visto el fantasma sueco por tanta gente.

-Parece que hay dos modos para que un fantasma pueda conseguir hacerse visible a personas que no poseen la visión etérea ni la astral, - empezó a decir el Pastor .-Bien puede estimular temporalmente la vista física dándole el poder etéreo, o puede densificarse lo suficiente para ser percibido por la vista ordinaria.

Creo que no comprendemos bien cómo se materializa una persona vulgar. Nosotros sabemos perfectamente cómo materializar nuestros propios cuerpos astrales cuando es necesario, y hemos visto a nuestro jovencuelo materializarse bajo el imperio de una fuerte emoción y gran deseo de socorrer, aun cuando no sabe todavía hacerlo científicamente y a voluntad.

Pero después de lo que llamamos muerte, el alma desencarnada, por regla general, no sabe cómo materializarse, aunque puede aprender enseguida a hacerlo si se lo enseñan, como puede verse en muchas sesiones espiritistas.

Cuando una persona se muestra después de la muerte ante la visión ordinaria, sospecho que generalmente se halla dominada por algún deseo vehemente, y trata de expresarlo; inconscientemente se materializa bajo el impulso de su deseo, pero el modus operandi no lo veo claro. Probablemente el hombre en cuestión buscaba un abrigo, sus pensamientos se dirigieron a su casa de un modo intenso, y esto le dió el impulso que lo materializó.

-Pudo haber estado buscando a su esposa de un modo vago, - añadió la Marchesa.

-Muchos vagabundos que han hecho su hogar insoportable, vuelven a él cuando se hallan en la desgracia. Probablemente era este hombre menos desagradable en su forma etérea que en la física.

-No debemos olvidar, -dijo el Doctor, - que hay otra posibilidad en semejante aparición. El cerebro del hombre moribundo envía un pensamiento vigoroso que choca contra el cerebro de la persona en quien piensa, haciendo surgir en él un cuadro, una imagen mental de sí mismo.

Esta puede ser proyectada por la persona receptora y ser vista por él como una forma objetiva. Entonces tendríamos una aparición hija del alucinamiento, como dirían nuestros amigos de la S. P. R.

-Los astral es sujetos a la tierra son responsables de más apariciones que los dobles etéreos -observó el Vagabundo. - Es curioso cómo están apegados a los sitios donde han cometido crímenes.

-Aun es quizá más curioso, - replicó el pastor, - cuando están apegados a objetos, como tuve ocasión de notar una vez. Un amigo mío poseía un puñal al que se le atribuía la terrible propiedad de inspirar a todo el que lo empuñaba el deseo de matar a alguna mujer. Mi amigo era escéptico, pero, sin embargo, miraba el puñal con cierta duda, porque cuando él mismo lo empuñaba se sentía tan "raro" que enseguida lo soltaba. Era notorio que por lo menos dos mujeres habían sido asesinadas con él, lo cual era un hecho. Yo lo cogí una vez para hacer algunos experimentos, y me senté solo un día con el puñal en la mano. Sentí la curiosa sensación como si tirasen de mí; como si alguien

tratase de hacerme marchar; me negué a moverme y traté de ver lo que era. Ví un hombre de aspecto salvaje que parecía muy encolerizado porque no obedecía a sus esfuerzos, y trataba de meterse dentro de mí, por decirlo así; intento al cual naturalmente me opuse. Le pregunté lo que estaba haciendo, pero no me entendió. Entonces miré más arriba, y ví que su esposa le había dejado por otro hombre, que los había encontrado juntos y les había dado de puñaladas con el puñal del mismo hombre, el arma misma que yo tenía en la mano. Luego había jurado venganza contra el sexo entero, y mató a la hermana de su esposa y a otra mujer antes de que él mismo fuese muerto. Entonces se había apegado al puñal y había obsesado a sus diversos poseedores, impeliéndoles a asesinar mujeres, y con gozo salvaje había visto su mucho éxito. Grande fue su cólera ante mi inesperada resistencia. Como no podía hacerme comprender de él, se lo endosé a un indio amigo mío, quien gradualmente lo condujo a un punto de vista mejor de la vida, y consintió en que se rompiese y enterrase su puñal, y por consiguiente, lo hice pedazos y lo enterré.

-¿Dónde? - preguntó con viveza nuestro jovenzuelo, aparentemente inclinado a desenterrarlo.

-En las afueras de Adyar, -replicó el Pastor, sintiéndose seguro de que estaba fuera de su alcance; y terminó en voz baja: - De todos modos lo hubiera roto aun cuando el fantasma lo hubiera querido. Sin embargo, fue mejor para él haber consentido en ello.

-Los fantasmas de este mes, - dijo el Erudito, -no son, a la verdad, un agradable compañía. Seguramente que pudiéramos encontrar algunos astrales mejor reputados que éstos.

-Los astrales realmente útiles, son las más de las veces discípulos ocupados en el servicio, más bien que fantasmas ordinarios, - contestó el Vagabundo. - En nuestra reunión del mes entrante debemos presentar casos de trabajos recientemente llevados a cabo en el plano astral.

Un unánime «¡Convenido!" terminó la reunión.

* * *

-Es interesante observar, - dijo el Vagabundo cuando estuvieron reunidos los amigos alrededor del fuego en su conversación familiar de todos los meses, - cuán a menudo oímos referir historias de capitanes de barcos a quienes algún visitador misterioso ha despertado y ha inducido a cambiar de ruta. Una vez viajé con un capitán que me refirió algunas de sus propias experiencias, y entre ellas me contó una acerca de un hombre que penetró en su camarote vestido de un impermeable chorreando agua, y le había rogado que gobernase en cierta dirección a fin de salvar a unos náufragos. El capitán lo hizo así, y encontró una partida de marineros náufragos, y entre ellos uno en quien reconoció a su visitador .

La mejor y más típica historia de esta clase, es quizás la que tan bien cuenta Roberto Dale Owen en su *Footfalls on the Boundary of Another World* (Resbalones en las Fronteras del Otro Mundo); aquella en que el piloto vio a una persona extraña escribiendo en la pizarra del capitán esta orden lacónica: «Rumbo al Noroeste» El capitán, al oír la narración del piloto y al leer aquellas palabras, decidió seguir la indicación, y al hacerlo, salvó del naufragio un número de personas, entre las cuales reconoció el piloto al misterioso visitante.

Otra historia parecida, aunque difiriendo de un modo curioso en algunos detalles, apareció últimamente en uno de nuestros periódicos, y aun cuando no se llegó a comprobar, es bastante típica para tenerse en cuenta. Titúlase «Tripulación salvada por un fantasma»; pero este fantasma parece haber sido el alma de un hombre, que vivía en

este mundo, revestida del cuerpo astral, como sucede normalmente durante el sueño. Hela aquí: «Muchos son los incidentes extraños que suceden en el mar; pero ninguno sobrepasa al que sucedió a Benner, capitán del bergantín Mohawk, pequeño buque que se ocupaba en el comercio de las Indias Occidentales. Una vez partió de San Thomas, su último punto de escala, de regreso a su país, siguiendo rumbo Nordeste; navegaba a poca vela con un fuerte viento y mar embravecido, resto de un huracán que había atravesado los trópicos cinco o seis días antes. El capitán, después de permanecer unas horas sobre cubierta, bajó a su camarote a media noche, recomendando al primer oficial de guardia que mantuviese el rumbo que se seguía, y le llamase en caso de empeorarse el tiempo. Se echó sobre un sofá; pero al dar las dos en el reloj del barco, le pareció distinguir, a la débil luz del camarote, la figura de un hombre con una especie de gabán verde. Luego oyó estas palabras: «Capitán, cambiad el rumbo al Sudeste». El capitán Benner se levantó y subió a cubierta, en donde vio que el tiempo había amainado, y que el bergantín llevaba más velas y navegaba mejor. Preguntó al piloto de servicio para que lo había mandado llamar, a lo que replicó el oficial que no había hecho tal cosa. El capitán, figurándose que había soñado, volvió a su camarote; pero pronto tuvo la segunda visita del hombre del gabán verde, quien le repitió su orden anterior y desapareció por la escalerilla.

El capitán, que entonces estaba bien despierto, se levantó de un salto y corrió tras aquella figura; pero no vio a nadie hasta que encontró al piloto, quien insistió en que no había mandado a nadie abajo. Mortificado y perplejo, el capitán Benner regresó al camarote sólo para volver a ver a su singular visitante, y oírle repetir la orden de cambiar el rumbo al Sudeste, y además la advertencia siguiente: «Si no lo hacéis pronto, será demasiado tarde»; y luego desapareció nuevamente. Subió a cubierta y dio las órdenes necesarias para cambiar el rumbo del buque al Sudeste. Los oficiales del bergantín, no sólo se sorprendieron sino que se indignaron, y finalmente, resolvieron apoderarse del capitán y encerrarlo; pero poco después del amanecer el vigía anunció un objeto por la proa. Al aproximarse el buque, se vio que era un bote que contenía cuatro hombres echados debajo de los bancos uno de los cuales llevaba un gabán verde. Púsose el Mohawk al paio, echó un bote al agua y recogió a los naufragos.

Estos resultaron ser el capitán y tres hombres, únicos supervivientes de la tripulación de un barco que se había ido a pique en el huracán, y que habían estado vagando sobre las olas, sin alimento, durante cinco o seis días; el gabán verde pertenecía al capitán salvado. Pocos días después, este último había recobrado sus fuerzas, pudiendo dejar el lecho; hallábase un día en el camarote principal del bergantín con el capitán Benner, y repetidamente le preguntó si creía en los sueños. "Desde que estoy aquí, - continuó, - he estado pensando cuan familiar me es este camarote; creo que he estado aquí antes. La noche anterior al día en que nos habéis salvado, soñé que vine aquí a veros en este camarote, y os dije que cambiaseis vuestra ruta al Sudeste. La primera vez no me hicisteis caso, y vine por segunda vez, aunque en vano; pero a la tercera cambiasteis vuestra ruta, y al despertar ví vuestro barco a nuestro lado.» Entonces el capitán Benner, que había observado el parecido de su huésped con el misterioso visitador, le refirió lo que le había sucedido aquella noche. En la mayor parte de estos casos, - concluyó diciendo el Vagabundo, - el visitador es probablemente un discípulo de servicio en el plano astral; pero a veces uno de los mismos que se hallan en peligro, es el que allega el auxilio.

-Así es, - dijo el Pastor; - pero sucede muy a menudo a los protectores invisibles ejercitados en nuestro círculo, el buscar de este modo la ayuda física para los naufragos. Algunas veces basta un sueño muy vívido causado por el lanzamiento de una idea en la mente del capitán mientras está durmiendo, para inducirle a actuar; pues los marinos,

por regla general, creen en lo “sobrenatural”, como neciamente llama el vulgo a nuestra vida más amplia. El sueño, seguido de un rápido despertar, de modo que produzca un ligero choque, basta muchas veces para producir el efecto deseado. Es posible también evitar un accidente que se considera próximo, tal como un incendio, un choque, etc., empleando el mismo método, o bien despertando repentinamente al capitán, hacerle sentirse inquieto y temeroso de tal accidente, de manera que suba a cubierta o registre cuidadosamente el buque, según el caso. Mucho más de esta clase de trabajo pudiera hacerse con sólo que hubiera un número mayor de nuestros estudiantes que llevase la vida que se requiere, con el fin de adquirir aptitudes para prestar servicios cuando el alma está fuera del cuerpo durante el sueño.

- Y este mismo trabajo constituye su propia recompensa, - con testó el Vagabundo.

Son cosa curiosa los chascos que el cerebro etéreo nos suele dar en esta materia

-observó el Erudito. - Muchas veces, por la mañana, me encuentro recordando los sucesos de la noche, como si yo mismo hubiera sido el héroe de la tragedia, en la cual tan sólo presté auxilio. Por ejemplo: la otra noche estaba haciendo todo lo posible, arriba las montañas, en medio de la pelea, para evitar un accidente; y en el curso de mi trabajo tuve que ayudar a uno de nuestros Tommies que traía un cañón y corría a todo escape por una pendiente, con peligro inminente de estrellarse; y luego en mi memoria, en estado de vigilia, me parecía que yo mismo había sido el conductor de los caballos. Me acuerdo otra noche en que traté de arrastrar fuera del peligro a un hombre que trabajaba en un edificio en donde iba a tener lugar una terrible explosión, y no pudiendo moverlo, vino la explosión y salí disparado con él por el aire; le expliqué, tan pronto estuvo desprendido de su cuerpo, que todo estaba perfectamente, y que no había por qué alarmarse: a la mañana siguiente, la impresión que tenía era haber sido yo mismo lanzado por la explosión, y aun cuando después de todo me hallaba sano y salvo, percibía perfectamente el olor del gas asfixiante y del lodo.

-En efecto: tenéis un modo especial de identificaros con la gente a quien auxiliáis, - dijo el Pastor. - Parece una especie de simpatía que os hace experimentar en aquellos momentos exactamente lo que ellos, y al despertar, el cerebro mezcla la identificación de las entidades y se apropia el todo.

-Bruno describía nuestra naturaleza inferior como si fuera un asno, - observó el Vagabundo -, y realmente hay mucho del asno en el cuerpo que tenemos que usar aquí abajo; esto sin contar los atributos asnales del cuerpo astral, al menos mientras no se haya purificado por completo, y no se halle limitado a sus propias funciones de mero vehículo.

* * *

-Está muy bien el hablar de socorrer a la gente librándola de peligros; pero muchas veces resulta esto muy difícil, - exclamó en tono quejumbroso el Archivero, cuando los amigos se hubieron reunido bajo un gran árbol en el jardín, donde por unánime acuerdo se habían citado para sus reuniones de verano.- Tuve la otra noche una curiosa experiencia, en la cual, desesperando de impresionar el denso entendimiento humano, volví por último mi atención hacia unos camellos, logrando con ellos lo que no pude conseguir de sus dueños.

- Referidlo, referidlo, - exclamó el jovenzuelo ansiosamente. - Pocas veces oímos historias de animales, y sin embargo, deben sucederles muchas cosas, ¡que si pudieran saberse!

-Resultado de los libros acerca de las selvas de Rudyard Kipling, - murmuró el Pastor en voz baja. - Andaría buscando el lobo gris y la pantera negra en el plano astral.

- Bueno; ¿y por qué no? -dijo el muchacho maliciosamente. - Estoy seguro que queréis más a algunos gatos que a ciertos hombres.

El Pastor se sonrió bondadosamente.

-Estábamos hablando de camellos y no de gatos, según creo. Los gatos son otra historia. Proseguid con la vuestra, Archivero, - dijo.

-Es muy corta, - contestó la persona aludida, levantando la vista desde su asiento en la hierba (al Archivero le gustaba sentarse en el suelo con las piernas cruzadas como un indio).

-Pasaba yo una vez por un paraje desierto, no sé en donde, y casualmente encontré una partida de gente que se había extraviado, y se hallaba en un terrible conflicto por falta de agua.

La partida se componía de tres ingleses y una inglesa, con criados, conductores y camellos.

Yo sabía de algún modo que si tomaban cierta dirección, llegarían a un oasis con agua, y quise imprimir esta idea en la mente de uno de ellos, pero tal era el estado de terror y desesperación en que se hallaban, que todos mis esfuerzos resultaron inútiles.

Primeramente ensayé con la mujer la cual rezaba como loca; pero estaba demasiado fuera de sí para poderla impresionar: su mente era como un remolino, y no era posible hacer llegar a ella un pensamiento definido. «Sálvanos, Señor, ¡oh Dios!, sálvanos», gritaba; pero no tenía la suficiente fe para calmar su mente y hacer posible que recibiese auxilio. Luego ensayé con los hombres, uno después de otro, pero los ingleses estaban demasiado ocupados haciendo las más desatinadas suposiciones, mientras que los conductores mahometanos estaban resignados al destino de un modo demasiado estólido, para que mi pensamiento pudiera llamar su atención. Desesperado, ensayé con los camellos, y con gran gozo mío conseguí impresionar a aquellos animales con la sensación de la existencia de agua en las cercanías. Empezaron a manifestar señales familiares a sus conductores como indicadores de la próxima presencia de agua, y por fin conseguí que toda la caravana marchase en buena dirección. Ejemplo de la estolidez humana y de la receptividad animal.

-Las formas inferiores del psiquismo, - observó sentenciosamente el Vagabundo, - son más frecuentes en los animales y en los seres humanos muy poco inteligentes, que en los hombres de inteligencia. Parece que están desarrolladas con el sistema simpático y no con el cerebro-espinal. Las grandes células ganglionares, núcleos de este sistema, contienen una gran proporción de materia etérea, y por tanto pueden ser más fácilmente afectadas por las vibraciones astrales más groseras que las células en las cuales es menor la proporción. A medida que se desarrolla el sistema cerebroespinal y el cerebro se desenvuelve de un modo más elevado, el sistema simpático se queda en segundo lugar, y la sensibilidad a las vibraciones psíquicas es dominada por las vibraciones más fuertes y activas del sistema nervioso superior .

Es verdad que en un estado de evolución posterior vuelve a aparecer la sensibilidad psíquica; pero entonces se ha desarrollado relacionada con los centros cerebroespinales, y se encuentra bajo el dominio de la voluntad; pero el sistema histérico y mal regulado, del cual vemos tan lamentables ejemplos, es debido al poco desarrollo del cerebro y al dominio del sistema simpático.

-Esa es una teoría ingeniosa y plausible, - observó el Doctor,- que arroja bastante luz en muchos casos singulares y oscuros. ¿Es sólo una teoría, o está fundada en la observación?

-Es una teoría fundada en observaciones hasta ahora muy poco adecuadas, - contestó el Vagabundo. - Las pocas observaciones que se han hecho, indican claramente esta explicación de la base física del psiquismo inferior y del superior, y concuerda con los

hechos observados respecto de los sentidos astrales en los animales y seres humanos de intelectualidad inferior, así como también con las relaciones evolucionarias de los dos sistemas nerviosos. Tanto en la evolución de los seres vivos como en la del cuerpo físico, el sistema simpático precede al cerebro-espinal en sus actividades, y se subordina a este último en un estado más desarrollado.

-Así es, sin duda, evolucionaria y fisiológicamente, - replicó el Doctor de un modo reflexivo; - y puede ser una verdad cuando se trata de las facultades astrales en relación a la base física por la cual se manifiestan aquí abajo.

-El hablar de los animales me hace recordar los espíritus de la naturaleza, - dijo el Erudito, - los cuales son considerados a veces como los animales de la evolución Deva. La otra noche tuve una visita de algunos pequeños y alegres seres que parecían muy bien predisuestos. Uno de ellos era un pequeño elemental del agua, un ser húmedo precioso; pero me temo que lo asusté, porque no he podido volverlo a ver.

-Son naturalmente desconfiados de los seres humanos, - observó el Pastor, - por ser nosotros una raza tan destructora; pero no es nada difícil tener amistosas relaciones con ellos.

-La literatura de la Edad Media está llena de historias acerca de los espíritus de la naturaleza, - dijo el Abate, que se había aparecido allí aquella noche en una de sus raras visitas a Londres. - Los vemos de todas clases, hadas y duendes, buenos y malignos, gnomos, ondinas, trasgos y seres de clase más tenebrosa que toman parte en toda suerte de horrores.

-Extraña idea, - dijo el Vagabundo, - la que los representa como seres irresponsables, sin alma, pero capaces de adquirir la inmortalidad por mediación del hombre. Nuestra tía me mandó el otro día una historia encantadora de Deutsche Mythologie, de Jacobo Grimm, acerca de un espíritu del agua. Hablando de las ofrendas que les hacen los hombres, dice: Aunque el Cristianismo prohíbe tales ofrendas y representaba a los antiguos espíritus del agua como seres diabólicos, la gente, sin embargo, conservaba cierto temor y reverencia hacia ellos, y a la verdad no han abandonado aún toda creencia en su poder e inteligencia; los consideran seres impíos (unselige), pero que pueden algún día salvarse. A esta clase de sentimientos pertenece la leyenda conmovedora de que el espíritu del agua, o Neck, no sólo requiere una ofrenda para su instrucción en la música, sino una promesa de resurrección y redención. Dos muchachos jugaban al lado de una fuente; el Neck estaba sentado y tocando su arpa; los niños le dijeron; «Neck, ¿por qué estás sentado ahí tocando? Tu no puedes salvarte». Entonces el Neck principió a llorar amargamente, arrojó su arpa y se hundió profundamente en el agua.

Cuando los niños volvieron a su casa, refirieron a su padre, que era un sacerdote, lo que había sucedido. El padre dijo; «Habéis pecado en contra el Neck; volved, consoladle y prometedle la redención». Cuando volvieron a la fuente, el Neck estaba sentado en la orilla llorando. Los niños le dijeron: «No llores así, Neck; nuestro padre nos ha dicho que tu Redentor también vive". Entonces el Neck cogió alegremente su arpa y tocó suaves armonías hasta bastante después de ponerse el sol. Tal es el cuento.

-Ese era un medio muy fácil de salvarle; generalmente se cree que hay que casarse con el espíritu, - observó el Abate en tono lamentable, como si recordase alguna experiencia desagradable de la Edad Media. - Se tenía que aceptar aquí el purgatorio, a fin de alcanzar para la criatura la entrada en el paraíso después.

Una explosión de risa acogió esta exclamación patética, y la Marchesa dijo:

-Aun persisten algunas ideas de la Edad Media; en una carta de Italia que recibí el otro día, se me hace el siguiente curioso relato: En una aldea llamada Gerano, cerca de Tívoli, a cosa de 17 millas de Roma, tienen por costumbre las nodrizas, especialmente en la víspera de San Juan, esparcir sal en el camino que conduce a sus casas, y colocar

dos escobas nuevas en forma de cruz a la entrada de las mismas, en la creencia de que de esta manera protegen a los niños que crían contra el poder de las brujas. Se cree que las brujas tienen que contar todos los granos de sal, y cada pelo o cerda de las escobas antes de que puedan entrar en las casas, y este trabajo deben concluirlo antes de la aurora, porque después ya son impotentes para causar mal alguno a los niños. En la Marca, cerca de Ancona, a orillas del Adriático, se considera necesario en todo tiempo -por lo menos así me lo refiere la portera de aquí, que es de aquel lugar -, donde hay niños de pecho, no dejar de tener jamás en la casa salo levadura. Además, no deben dejar las ropas de los niños o las fajas a secar fuera, después de ponerse el sol; y si tuvieren necesidad de sacarlas fuera, pasada esta hora, deben tener mucho cuidado de llevarlas andando junto a las casas, a la sombra de las cuevas, y si tienen que cruzar por algún sitio descubierto, hacerlo lo más pronto posible; estas precauciones son igualmente en contra de las brujas. También me contó la portera que un día su madre, después de lavar y fajar a un hermanito suyo, lo puso en la cama y dejó la casa por corto tiempo, para hacer un encargo en la tienda próxima.

Al volver encontró la puerta de la casa abierta (ésta formaba detrás un espacio angular) y al ir a la cama se la encontró vacía. Esto no la alarmó en un principio, porque pensó que alguna vecina había oído llorar al niño y se lo había llevado a su casa. Pero al hacer las averiguaciones consiguientes, nadie lo había visto ni oído llorar, y esto ocasionó alarma y pesquisas. Después de cierto tiempo, la madre, al cerrar la puerta, encontró al niño en el suelo, boca abajo, casi negro de asfixia; podéis imaginaros su consternación. El hecho fue atribuido a las brujas, y la hermana dice que durante toda su vida, que terminó por consunción cuando tenía veintisiete años, fue siempre desgraciado.

-¡Pobres brujas! Han sido el testafarro de la ignorancia y miedo humanos desde tiempo inmemorial, - contestó el Doctor. - Fortuna es que muchos de nuestros magnetizadores y médiums vivan en el siglo XIX; pero es muy posible que veamos el espanto de la brujería moderna si se llegan a conocer las fuerzas ocultas y se usa alguna perversamente.

* * *

Aquí tenemos un notable relato que me envía de Inglaterra uno de nuestros miembros -dice el Vagabundo -. Las personas me son bien conocidas; alteraré, únicamente, sus nombres.

«Habiéndose mi hermano ido a vivir a Londres en Diciembre de 1890, determiné tratar de comprobar si era posible impresionar a aquel por medio de la telepatía. Habíamos previamente realizado, durante cierto tiempo, experimentos relacionados con el hipnotismo; por cuya razón, me figuré que si en la idea de la telepatía, que entonces estaba siendo objeto de especial atención, existía alguna base positiva para creer en ella, su posibilidad debía ser fácilmente demostrada por nosotros a causa de la estrecha relación que nos unía. De consiguiente, me puse a la obra de llegar hasta él desde la ciudad en que me hallaba, 113 millas distante de Londres. Me senté en una silla frente a un espejo negro, cóncavo, en mi dormitorio, procurando formar mentalmente su retrato. Habíame dicho él que si lograba hacerle moverse o ejecutar alguna cosa cuando la visión mental fuese perfecta, estaría con él entonces lo suficiente en relación para hacerle recordar cualquier mensaje que deseara transmitirle.

Así, pues, permanecí en aquella actitud hasta que podía verle tan claramente con el ojo mental como pudiera hacerlo físicamente por medio del aparato óptico. Cuando así logré su visión le ordené mentalmente volver la cabeza y mirar hacia mí, lo cual ejecutó;

enseguida le mandé alzar el brazo derecho y tomar su reloj de bolsillo, obedeciendo igualmente.

En este momento aconteció algo particular. Aunque le veía a él no podía ver el reloj que inferí tenía en la mano. Imaginé que podría ver éste si fuera capaz de ocupar su posición; de modo que, deslizándome en su lugar, miré a través de sus ojos viendo entonces el reloj.

Tan pronto como ví la hora, ocho menos diez minutos, desapareció de mi vista y recobré de nuevo la conciencia normal, hallándome fatigadísimo por el sostenido esfuerzo mental, aunque conservaba en la memoria los acontecimientos con toda nitidez, era preciso admitir que no tenía prueba alguna decisiva de nuestro contacto directo. Se me ocurrió si sería únicamente obra de mi imaginación, no obstante la íntima convicción de que en realidad le había impresionado. Me había sentado allí desde las siete, ya eran las ocho menos diez minutos y prácticamente no había hecho nada. Sentíame defraudado en mi propósito y fastidiado; pero aquella noche, antes de retirarme, determiné hacer otra prueba, pensando que tal vez durante el sueño podría ejecutar lo que deseaba con mayor facilidad que por el método que acababa de poner en práctica. Me acosté a eso de las nueve y media, pero no de la manera usual. Por alguna razón, esta vez había colocado la almohada a los pies de la cama, acostándome boca abajo, con los brazos extendidos, formando ángulos rectos con el cuerpo y la barba apoyada sobre la almohada. Había escasamente permanecido un minuto en esta postura recordando el cuadro que había visto de mi hermano, cuando de repente sentí un estremecimiento de intensa energía eléctrica subir por mi espina, terminando en una punzada en el centro de la cabeza. No puedo afirmar si aquello era frío o calor, pero sí que era extremadamente doloroso. Enseguida pareció estallar y yo me sentí de pié en el cuarto frente a una luminosa mole dorada, en medio de la cual había un reloj. Era éste un escape suizo, muy delgado, con caja de plata, sin tapa, grabado el dorso, y en éste tres abolladuras; su muestra era de plata, con números y manecillas ornamentados en oro. Supe instintivamente que era el reloj de mi hermano, y asimismo que si deseaba saber más del asunto, todo se me revelaría tan sólo con fijar mi atención en él.

Observándole noté que marcaba las ocho menos diez minutos, y volviendo inmediatamente a mi cuerpo, desperté e invertí la posición de éste, acostándome a dormir. Cuando me desperté por la mañana y eché la mano bajo la almohada para coger mi reloj, no me sorprendió ver que también éste indicaba las «ocho menos diez». A muchas personas les sucede que si se acuestan pensando en la hora a que han de levantarse, despiertan, invariablemente, al minuto. Me lavé la cara y me vestí apresuradamente, yéndome enseguida al comedor. Mi hermano James (otro hermano), que estaba allí tomando su desayuno, al verme entrar exclamó:

-¡Hola, Ned! ¿qué te pasa? ¿No has dormido? Estás demacrado. - Pero en vez de responder le dirigí estas preguntas:

-¿Tiene John un reloj suizo, de escape, con caja de plata grabada, tres abolladuras y números ornados en oro?

Al referirle cada uno de estos detalles, me miraba aún más sorprendido; y al fin contestó:

-Sí, pero tú no has visto nunca este reloj. Yo se le envié hace unos quince días.

Unas tres semanas más tarde, recibí carta de mi hermano John, en la cual me avisaba que venía a vernos y me pedía que fuera a esperarle a la estación, pero sin poner hora de llegada.

Sin embargo, fui al tren en que me pareció más probable que viniera.

Pronto le vi descender (él me vio a mí al mismo tiempo) y esperé a que subiera. Tan luego se me acercó, nos estrechamos las manos exclamando ambos en el propio

instante: «Las ocho menos diez». Debo hacer notar que no nos habíamos escrito respecto al objeto de nuestra experiencia, pero es evidente, según nuestras exclamaciones, que los dos estábamos igualmente seguros de que el otro lo sabía todo.» Ese relato del firmante cuando estaba tendido en la cama, demuestra - dice el Vagabundo - que es algo más que un simple caso de telepatía. Su agudo dolor, la explosión percibida y el estado subsecuente, prueban que se exteriorizó de su cuerpo con entera consciencia. Es una verdadera lástima que su mente hubiese estado fija sobre un asunto tan baladí.

Las experiencias casuales que no son el resultado directo de la educación y que a nada de particular conducen, no dejan de ser comunes - indica el Pastor -. Aquí hay una carta que escribe de Inglaterra una Matrona de un Asilo para convalecientes, en la cual se refiere una de estas experiencias:

El verano pasado (1908) me aconteció un caso extraño. Teníamos en W..... una paciente - la enfermera K -, que estaba muy grave; creo que era muy sensitiva, o mejor, muy rara".

El día de su llegada me dijo: - Usted es teósofo. - ¿Cómo lo sabe usted? - le pregunté -. Me explicó que lo veía directamente en mí.

Unos días después me preguntó: - ¿Se cansa usted, o la molesta bajar por las noches a mi lado como lo hace? Porque si es así, no le haré venir, aunque es para mí un grande alivio que usted esté aquí. Le dije que nunca había bajado por la noche a su lado, pero ella insistía en que siempre que sentía mucho dolor y quería verme, yo me acercaba a sostener su mano hasta que mejoraba. Desde entonces, me dijo que había ido por la noche muchas veces a confortarla; y después de irse, me escribió diciendo que una noche en que deseaba estuviera con ella, me aparecí, la besé y le sostuve la mano. Aquella vez - me dijo - llevaba usted un vestido que no conocía y el cual no me gusta. Después de esto regresó muy pronto y yo la recibí a la puerta, llevando puesto aquel mismo vestido que ella no había visto antes.

Estas experiencias - dice el Vagabundo - están, naturalmente, haciéndose más comunes a medida que la raza penetra en la región fronteriza, en proporción siempre creciente. Es de la más imperiosa necesidad vulgarizar sólidos conocimientos sobre estos asuntos, a fin de evitar lo más posible los peligros que la ignorancia y el miedo llevan aparejados.»

* * *

El relato que va a seguir nos fue enviado por un corresponsal digno de crédito - dice el Vagabundo - y principia:

-En Melbourne (Australia) vive una niña de cuatro años de edad, la cual, reiteradamente, refiere a aquellos de sus amigos que le merecen confianza, la experiencia siguiente:

-Antes, cuando yo era más crecida, tenía otra madre muy distinta de la que ahora tengo. Yo tenía que ir a la escuela todos los días; el maestro era muy cruel conmigo, me azotaba muy a menudo. Cuando yo había crecido más todavía, un día me arrebataron a mi madre y todos corrimos hasta un gran bosque. Allí fui capturada por un grupo de soldados que nos encontró y me fusilaron, en tanto que uno me gritaba: "Vete al diablo."

Al preguntar si aquello había sucedido en Melbourne, se obtuvo esta respuesta: "No, en América."

Cuando la niña refiere esta experiencia, nunca altera ni el más leve detalle; tiene su cabecita llena de gran número de otros incidentes de aquella época, pero rehusa hablar de ellos casi siempre. Al ser entrevistados por algunos de nuestros miembros, sus

actuales padres carnales no habían oído hablar nunca de la reencarnación y tenían por cosa cierta del que todo ello no era más que obra de la imaginación de su hija; sin embargo, se veían perplejos al considerar la procedencia de aquellas ideas de la chiquilla, pues ésta casi siempre estuvo aislada con ellos en el campo, sin relacionarse con otras gentes, ni aún con sus propios iguales.

La chica está muy poco desarrollada para la edad que tiene, a pesar de lo cual su mirada tiene la expresión de una persona de edad madura. Siento tener que agregar que su existencia presente probablemente será muy corta.

* * *

Aquí tenemos otro relato de un hermano teósofo, cuya abnegación deberá servir de ejemplo, y al mismo tiempo, su historia es un bello crepúsculo; dice el Pastor:

Dos jóvenes camaradas, de veintiocho y treinta años de edad respectivamente, iban juntos de paseo durante la tarde del 24 de Julio de 1910. De repente, uno de ellos percibió un olor especial que le obligó a interrogar a su compañero: “¿No sientes un olor desagradable?”, obteniendo sencillamente un “no”, como respuesta.

Dos o tres minutos después el olor había desaparecido. Al día siguiente los dos amigos daban un paseo como de ordinario, cuando a la misma hora (5'45 de la tarde aproximadamente) aunque una milla retirado del lugar en el cual la tarde anterior tuviera efecto, el mismo joven percibió igual olor que la víspera. Éste se detuvo al instante, procurando, en actitud positiva, hacer un reconocimiento a su alrededor. Sus ojos físicos nada pudieron ver, pero se dio cuenta por algún medio de que a dos o tres yardas de distancia, había una entidad mala.

Miraba él fijamente en aquella dirección, cuando recibió esta especie de mensaje mental de la entidad: «¿Regreso hacia quien me envía?»

Pero aquel era miembro de la S. T. y consideró que sería poco teosófico el permitir que una forma inferior de pensamiento retornase sobre quien la había emitido.

Recordando a su Gurudeva, respondió mentalmente: «No, no regreses, descarga tu fuerza sobre mí.» No bien hubo dicho esto; sintió que sobre su cabeza descendía algo tenebroso que se le iba extendiendo por todo el cuerpo, dejándole exhausto de fuerzas. Su debilidad apenas le permitía seguir caminando, pero se esforzó en proseguir, a fin de que su amigo no entrara en cuidado por tan repentina indisposición.

Empero desde el instante en que la maligna entidad tomó posesión de su cuerpo, él no cesó de meditar sobre la unidad de todos los seres, enviando pensamientos de amor aun a la entidad misma. A los pocos minutos sintió que ésta descendía poco a poco por su cuerpo, recuperando él su vigor completamente en unos quince minutos.

Durante todo este tiempo no había dirigido la palabra a su amigo. Pero una vez recobrado su estado normal, preguntóle a aquél si no había sentido algo extraño durante su silencio.

El amigo repuso: “Sentí únicamente una ligera debilidad, nada más.”

Desde aquel día, aun cuando ha pasado frecuentemente por el mismo lugar, nuestro hombre jamás percibió más olores de aquella especie.

● * *
●

-A menudo se oye decir - indica la Condesa - que las personas agonizantes se aparecen a los amigos ausentes. Aunque no tuvo nada de agradable, yo también he pasado por una de tales experiencias. Un verano fue invitada una joven a pasar una corta temporada con su tía, la cual se había casado con un noble provinciano, cuyo antiguo castillo ocupaba

uno de los más deliciosos parajes de la montaña. Sentíase encantada la señorita, no tan sólo por el tiempo agradabilísimo que esperaba pasar con otros parientes en casa de su tía, sino porque le había dicho que también se encontraba allí la madre de ésta, por cuya anciana señora tenía ella especial predilección y a la cual se sentía estrechamente unida por misterioso lazo de cariño. La realidad fue aún superior a cuanto ella se había imaginado; todo allí era fiesta y alegría, que los más viejos miembros de la familia se esforzaban en proporcionar a sus huéspedes más jóvenes.

Así fueron pasando los días, hasta que el deber llamó a la joven a su paterno hogar. Sólo de vez en cuando recibía noticias escritas de sus parientes de la montaña, alegrándose al saber que la mamá de su tía gozaba de su buena salud. Entretanto llega el invierno. Y la propia muchacha escribe: «Desperté una mañana estando aún muy oscuro el exterior. Desde la alcoba de mi madre, a través de la puerta entornada, la luz opaca de una lámpara nocturna iluminaba apenas mi habitación. Me parecía demasiado temprano para levantarme, y de nuevo me quedé dormida. Mas ¿qué era aquello? Envuelta en el vestido lila pálido que tan a menudo llevara en aquellos días felices del verano, mi anciana tía sale del cuarto de mi madre en dirección adonde yo me encontraba. Acercándose a mi cama, se inclina sobre mí y me abraza, apretándome cada vez más. No podía respirar, experimentando una dolorosa agonía.»

La lucha prosiguió de este modo hasta que, pasado algún tiempo, la aparición se evaporó y la muchacha otra vez pudo respirar .

En aquel instante sonaron las seis. Era la mañana de un viernes. A los pocos días se recibió la noticia de que la anciana había muerto el mismo viernes a las seis de la mañana.

¿Fue la anciana en su cuerpo astral a visitar a la muchacha, o es que ésta en el suyo estaba ante el lecho mortuorio de su tía?

Probablemente la anciana fue a hacer la visita - dice el Vagabundo -, pero en estado semi-consciente; consciente de su amor por la joven, e inconsciente de que su manifestación era tan poco agradable. Lo más probable también es que la muchacha tuviera miedo y el susto la hizo sentir aquella especie de asfixia.

* * *

La experiencia que voy a leer - dice el Pastor - me fue enviada por un corresponsal, pero no veo claro lo que allí sucede. Dice así:

«Al comienzo de la guerra ruso-japonesa, tenía yo a mi servicio, en calidad de criado, un japonés que por completo desconocía la lengua inglesa. Diariamente, tan pronto como terminaba sus quehaceres, me traía los periódicos pronunciando siempre el mismo estribillo, en el cual quedaba comprendido todo su inglés:

«¿Madame, Japón-Rusia?» Entonces yo procuraba, con la ayuda de signos, planos y dibujos, hacerle comprender las noticias. Si no hubiera sido por el deseo ardiente que éste sentía por conocer las noticias de la guerra, me parece que con dificultad habría yo leído los diarios y menos todavía las noticias de la guerra, aunque mis simpatías estaban con el Japón; sin embargo, en un principio no experimenté absolutamente ningún entusiasmo. Finalmente, una particular exaltación se apoderó de mí, en la cual parecía que yo no tomaba parte; se posesionaba de mí sin que mi voluntad entrara en juego. Me ocurría esto en casa, en los tranvías, en todas partes. Traté de alejarla. Pero otra vez me poseía, aun mucho. después de haber sido el pequeño japonés reclamado por su Gobierno.

En ocasiones, jinete en brioso corcel que piafaba impetuosamente y saltaba salvando todas las dificultades, sentíame yo arengando grandes ejércitos e inspirándoles el avance

y persecución del enemigo. Mi noble caballo blanco tan pronto acometía como se escapaba, pues éste sabía tan bien como yo que por el momento éramos la energía centrípeta y el poder de donde los grandes ejércitos sacaban su entusiasmo. Pretendí, con todas mis fuerzas, alejar ésto de mí y tuve éxito pero tan sólo por muy corto tiempo. Pues casi inmediatamente me hallé otra vez cabalgando soberbiamente el maravilloso corcel, cruzando el espacio, saltando en ocasiones por encima de los grandes ejércitos, que yo podía conducir fuera de peligro. Entonces, no tan sólo podía yo prever los peligros, sino que también poseía la facultad de salvar a los soldados. Este entusiasmo extraordinario llenaba todo mi ser.

Este fenómeno duró, en todo su vigor, por unos cuatro meses consecutivos, terminando hacia la mitad de la guerra, desde cuya fecha no volvió a repetirse. Mientras duraba aquel estado, conservaba siempre mi conciencia ordinaria, pero estaba absorbida por el fenómeno que tenía lugar. En apariencia, yo me encontraba allí, cabalgando a la cabeza del ejército, llevando inspiración a las filas japonesas y a menudo el terror y espanto a los rusos, cuando éstos me veían a caballo en el aire, pues los vi agacharse y mirar hacia atrás muchas veces.

No hallo la explicación que esta experiencia pueda tener, pero sí ocupó todo mi ser por bastante tiempo; no soy, estoy cierta, otra Juana de Arco”.

-¿No cree usted - dice el Vagabundo - que ese peculiar entusiasmo lo explicó todo? Sabéis cuán frecuentemente hallamos en el mundo astral novicios que se identifican con las personas a las cuales tratan de ayudar, siendo lanzados al espacio en una explosión, por ejemplo:

Inflamada por el entusiasmo de su criado japonés, se inclinó hacia el lado del Japón, y, muy probablemente, se asoció con algún jefe de caballería.

A propósito, yo tuve una rara experiencia en aquella misma guerra. Al despertar una mañana, después de haber estado ayudando a los nuestros de una gran batalla, oí - ya despierta - el estruendo de los cañones, las voces de mando, los quejidos, gritos y demás ruidos que tan horrible hacen un campo de batalla. Todo este intolerable tumulto estaba sonando a mi alrededor .

Deberíais estar medio dentro y medio fuera de vuestro cuerpo - replica el Pastor - pero, en todo caso, tan clara percepción prolongada hasta la conciencia ordinaria, no es común.

Aquí tengo un notable ejemplo - dice el Banquero - de cómo un pensamiento vigoroso puede transponer distancias, y aunque sea por un sólo instante, extender la conciencia hasta ver y conocer un lugar determinado, sin haberle visitado previamente.

Hace varios años, celebrábamos en mi casa una pequeña reunión de teósofos, con el fin de despedir el año viejo y dar al nuevo la acostumbrada bienvenida, enviando pensamientos de amor a todos nuestros hermanos. Cuando las visitas se retiraron, nos recogimos los de casa, continuando yo meditando en la cama, respecto a los pensamientos emitidos, en relación con nuestra velada y con la despedida e inauguración del año. Antes de dormir tuve el deseo de enviar un pensamiento de felicidad y devoción a Mrs. Besant, e indiqué a mi señora que así lo iba a efectuar.

Cerrando los ojos principié a pensar en aquella. Casi inmediatamente me pareció estar frente a una puerta de cristales, separada de mí por dos o tres escalones ascendentes. Me acerqué y observé al interior. Ante mi vista se ofreció una larga habitación, cuyo extremo opuesto no podía distinguirse claramente por su escasez de luz.

Parecía ser muy de mañana - al salir el solo momentos después. - A corta distancia frente a mí y un poco a la derecha, había una mesita corta, con cartas y papeles diversos encima; la mesa o pupitre, de un pie de altura solamente parecía colocada sobre una tarima o canapé.

En la estancia no se veían sillas. Y el piso parecía recubierto con tiras de bambú o esterado japonés, en toda su extensión, con una alfombra o estera cerca del canapé. Esto, que tanto tiempo lleva para describir, fue, por supuesto, momentánea visión, pues vi en seguida, que a lo lejos, por el lado opuesto, descendía Mrs. Besant hacia la parte en que yo me encontraba.

Vestía ella su acostumbrado color crema. Se acercó a la mesilla, se caló sus gafas y con la mano izquierda tomó algunos papeles de igual lado del escritorio o mesita. Se disponía a examinar aquellos cuando, al parecer, se enteró de mi proximidad a ella tras la puerta de cristales.

Al punto me miró por encima de sus gafas e inmediatamente su cara, como surgiendo del fondo de un telescopio, parecía venir hacia mí directamente, haciéndose más grande por momentos a medida que se iba aproximando, hasta que, asumiendo una proporción gigantesca, tuve miedo de chocar con ella, lo cual me obligó a recordarme violentamente. Sin embargo, no estaba durmiendo, sino abstraído únicamente en mis pensamientos. Enseguida describí a mi señora, a quien indiqué iba a pensar en Mrs. Besant, todos los particulares de la experiencia, conforme quedan expuestos más arriba, agregando: "Ya ves, esto parece tener bien poco de real; pues acaban de dar las dos de la madrugada y no obstante, me parecía que allí ya había salido el sol." Replicándome ella al poco rato: "¡Ah! pero aguarda; ¿cuál es la diferencia de meridiano entre la India y nosotros?"

¿No será ya de mañana allí?" Esta advertencia me hizo pensar en que bien pudiera suceder así, pues Italia está aproximadamente una hora al Este de Greenwich e India unas cinco a cinco y media horas; así, pues, la hora correspondiente a mi pensamiento en Mrs. Besant, sería, en números redondos, la de 6'30 de la mañana en la India. Esto hizo la cuestión mucho más interesante.

Anoté el suceso en mi diario y me decidí a esperar la comprobación por mí mismo, de si semejante habitación existía. Por entonces, no tenía yo idea respecto al lugar en donde Mrs. Besant se encontraba, ni veía posibilidad alguna de inmediata comprobación para mi experiencia, pues llevaba tan sólo dos o tres años como miembro de la Sociedad. Al venir el año pasado por primera vez a Adyar, se avivó en mi mente el pensamiento del suceso, a medida que me iba aproximando a las habitaciones de Mrs. Besant, en el Cuartel General, quedando sumamente desconcertado a mi llegada, al comprobar que aquéllas en nada se parecían a la vista por mí algunos años atrás. Verdad es que había un canapé o tarima con una mesita encima, pero esta habitación era más cuadrada, distintas las ventanas y ningún peldaño existía allí que condujera al sitio en el cual yo había estado observando. Nada absolutamente coincidía con mis datos de la habitación vista. De modo que suspendí mis investigaciones. Más tarde se me ocurrió que podría haber tenido lugar en Benarés; quizás en Shânti Kuñja. Mas no habiendo tenido la oportunidad de visitar aquella ciudad el año pasado, regresé a Europa sin poder comprobar en modo alguno mi visión.

Sin embargo, este año fui llevado a Benarés por las circunstancias. Y al acercarme allá, otra vez surgió en mi mente la pretendida habitación, yendo en coche muy de madrugada antes de salir el sol, acompañado por bondadosos amigos a Shânti Kuñja, residencia de Mrs. Besant. En la primera habitación que entramos - aún no era de día claro - había un ancho canapé como el descrito, pero ¡ay! esta no era la estancia esperada; su forma y sus proporciones en nada coincidían, todo era distinto. De hecho, sin saber por qué, concluí por aceptar que esta era la habitación de Mrs. Besant; y, sin embargo de nuevo la realidad física se interponía para querer demostrar que la transitoria visión había sido errónea; era, pues, inútil molestarse más. Sin embargo, mientras así pensaba yo, íbamos descendiendo a través de otra habitación; mas en parte

por ser todavía muy de mañana y estar sólo alumbrada por la luz de una linterna, y, por otro lado, debido a la poca luz que podía penetrar por sus cerradas ventanas, no pude distinguir los detalles.

Empero me parecía familiar; pero, después de los chascos sufridos, preferí no pensar más sobre el asunto y, sin más averiguaciones, salí inmediatamente a la galería. Nos hicimos servir en ésta nuestro chota-hazri, o desayuno en tanto que el sol iba lentamente alzándose sobre el horizonte. Abandonando mi asiento, me fui a mirar al interior de aquella estancia por una de las ventanas que daban sobre el corredor - y allí estaba mi tanto tiempo buscada habitación con todos sus detalles tal cual yo la había visto.

Es de mañanita; a mi espalda, los escalones que conducen a la galería; en ésta, yo de pie tras la ventana, la cual, debido a la madera de que está construida, bien pudo ser descrita como «puerta de cristales»; ante mí se extiende una estrecha habitación escasamente alumbrada, con el canapé y el escritorio un poco hacia la derecha; sobre este último papeles; y al exterior el sol iluminaba la mañana. Sólo faltaba Mrs. Besant descendiendo a mirarme por encima de sus gafas. Mas ella se encontraba entonces en Birmania, por cuyo motivo esta parte de la prueba no pudo tener lugar. Habiendo preguntado enseguida quien habitaba allí, mi acompañante me informó que aquel era el departamento de Mrs. Besant, ocupado a la sazón por mister Arundale, en tanto que en el suyo se llevaban a cabo algunas reparaciones.

-Como testimonio auténtico de videncia mental a miles de leguas de distancia, de un lugar para mí desconocido, me parece que lo que antecede tiene muchos detalles dignos de nota.

-Ciertamente que los tiene - dice el Vagabundo - pues sería un poco difícil, aun para un investigador de psiquismo, atribuir a la telepatía el cuadro de una habitación que usted desconocía, cuando yo no pensaba en usted. Puede registrarse como una valiosa prueba.

NOTAS

(1) Las historias que se refieran en estos anales, serán auténticas a menos que se declare terminantemente lo contrario en algún caso particular; esto es, serán experiencias verdaderas.- A. B.

Este librito fue editado originalmente por la Biblioteca Orientalista de Ramón Maynadé (1914) junto con otros dos títulos: “Los protectores invisibles” y “Los ángeles custodios y otros guardianes invisibles”. Traducción de Federico Climent Terrer.